

»hacer memoria de las ventajas que de ellas resultaron? «*Con las Cruzadas*, dice un escritor muy preocupado contra la religion, se agotaron y exterminaron en Asia todos los furores del celo y de la ambicion, de la guerra y del fanatismo, que estaban circulando por las venas de los europeos; y por su medio se introdujo en Europa el gusto del lujo asiático, y con fecundas semillas de comercio y de industria se compensó la sangre y poblacion que habian costado. Tres siglos de guerras y viajes á levante dieron á la inquietud de la Europa el pábulo de que necesitaba, para no perecer de una especie de consuncion interna; y prepararon aquella fermentacion de ingénio y de actividad, que despues rompió, y se explayó en la conquista y en el comercio de las Indias orientales y de la América.

»A las cruzadas se debe la solidez de la potestad real. Los vasallos arruinados por tan dispendiosos viajes fueron menos emprendedores, y mas obedientes, y fué muy fácil recobrar de sus manos los dominios enagenados de la corona. Las primeras manumisiones de los siervos fueron dictadas á los señores por la necesidad de dinero para pasar el mar; y una vez dado este ejemplo se extendió mucho, siendo imitado en las demás urgencias de los señores. A las cruzadas, pues, debe la Europa los principios de su libertad.

»*Se llevaron á Asia grandes sumas*; pero se adquirieron importantes ideas sobre navegacion, el comercio, y la industria, que hicieron volver á Europa riquezas inmensas, y aumentaron en ella la agricultura y la poblacion. Hiciéronse comunes á los pueblos y á los soberanos los deseos y proyectos de negociar; introdujéronse nuevas manufacturas, pobláronse y ensancháronse las ciudades, repartiéronse mejor las aguas, estableciéronse baños y fuentes públicas. Con la vista del Oriente nuestros malos albañiles se formaron hábiles arquitectos, y ejecutaron aquellas grandes obras, cuyo atrevimiento y lijereza aun ahora admiramos. Llenóse además la Europa de grandes hospitales, y de hospitalarios caritativos. Una parte del patrimonio de los nobles pasó á las manos de los cuerpos eclesiásticos; mas estos hacian menos sombra á la autoridad soberana, que aquellos vasallos siempre prontos á tomar las armas. La mejor parte de los bienes de la nobleza

»habia sido violentamente quitada al clero en la caida del imperio de Carlo Magno; y el clero en tiempo de las cruzadas entraba otra vez por medio de compras en posesion de lo que le habian usurpado. Hubo tambien señores que por una restitucion mal entendida, daban á los monasterios lo que habian quitado al clero secular.

»Nadie duda que las cruzadas mudaron el gobierno y las costumbres de la Europa; y claro está que la mudanza no fué ni podia ser de mal en peor. Los guerreros volvian menos ignorantes: habian visto otros climas, otros pueblos, y otros gobiernos. Las mismas desgracias de tantas empresas tan mal combinadas, les hicieron conocer que la paz debe preferirse á la guerra, la justicia á la opresion, y la subordinacion á la anarquía. Desde entonces comenzó la Europa á respirar, y fueron mejorándose las ideas y las costumbres.

»Las resultas de las cruzadas, dicen los autores ingleses de la historia universal, fueron ventajosísimas á los pueblos cristianos. Contuvieron los progresos del poder de los moros, cuando estaba en su mayor auge. Enseñaron á los soberanos de la Europa la importancia de la marina, y facilitándoles el conocimiento de la situacion, de las producciones, del estado de las grandes regiones del Asia, abrieron el camino á los descubrimientos y á las conquistas de que resultaron despues tan grandes ventajas. Así lo conoció desde entonces el veneciano, que compuso un sabio y juicioso tratado sobre esta materia. Durante las cruzadas, y bajo la proteccion de los papas y de San Luis, fué cuando algunos religiosos emprendieron los primeros viajes hasta los últimos extremos del Asia. Tenian estos viajes miras políticas y religiosas, y no hay duda que estos primeros ensayos dieron ánimo á los europeos para mas grandes proyectos. Por último, añade Bergier, si la ignorancia es el mayor de los males y fuente de casi todos los demás, no hay duda que las cruzadas contribuyeron mucho á disipar la ignorancia de la Europa. De modo que si es verdad que ellas causaron males pasajeros, no lo es menos que produjeron bienes de mucha duracion é importancia.»

»La mezcla de bienes y males que hemos visto en las cruzadas, y es tan universal en las cosas de este mundo, se halla igualmente en el escolasticismo, ó en el cuerpo de teólogos escolásticos de los

siglos de que hablamos. Hubo ciertamente en sus estudios, controversias y escritos, grandes abusos y defectos; pero eran vicios de los tiempos y de los hombres, no de la escuela, ni de la teología, y mucho menos de la Iglesia. Así suele explicarse el juiciosísimo Melchor Cano, que al paso que en su excelente obra de los *lugares teológicos* censura con severidad cuanto hubo de malo en los teólogos escolásticos, hace el debido aprecio de lo que hay de bueno en la teología de la escuela, y en la aplicación de la filosofía á la teología. Desde los tiempos de Cano se han extendido y avivado mucho más los clamores contra el escolasticismo, y no han dejado de salir autores sabios en su defensa. Yo me ceñiré á algunas especies tomadas de los libros VIII y IX de la citada obra de los *lugares teológicos*.

»Los herejes modernos, dice aquel sabio autor, no solo disminuyen la autoridad de la teología escolástica, sino que la impugnan y desprecian. Lutero, discípulo en esto, como en otras muchas cosas, de Wiclef, llega á decir que la teología escolástica no es otra cosa que la ignorancia de la verdad, y la vana falacia de que habla San Pablo á los Colosenses, y que las universidades son los lupanares del Anticristo. Felipe Melancton, escribiendo contra los doctores de Paris, dice que en aquella ciudad nació la profana escolástica, y que ella es la que ofusca el Evangelio y apaga la fé. Todos los luteranos insultan y persiguen con fiereza á la teología de nuestras escuelas. Tal vez, prosigue el profundo Cano, de este error dimanaron en ellos los demás. Porque fácil cosa fué, despreciando á los teólogos escolásticos, no hacer caso de los juicios de escuela. Despreciados éstos, fué consiguiente el desprecio de los Jerónimos, Agustinos, Gregorios, Ambrosios, Basilio, y demás santos Padres, á quienes los teólogos escolásticos respetan como maestros de sus dogmas. Abandonados los santos doctores, se abandonaron luego los concilios. Y de aquí fué consiguiente que que los luteranos se desprendiesen de algunos de los libros canónicos, é hiciesen poco caso de la autoridad de la Iglesia. Siempre ha sido fácil ir cayendo de unos precipicios á otros mayores; y desde que se introdujo la teología de la escuela, se ha visto que el aire de su desprecio lleva el contagio de la herejía.» Así se explica el Ilustrísimo Cano al principio del libro octavo.

«Se lamenta despues de que hay muchos que tratan las cuestiones teológicas con frívolos argumentos, en cuyos tratados son muy raros los textos de la Escritura, ningunos los de concilios y de santos Padres, nada se ve que sea digno de una filosofía grave y sólida, y mucho de lo que no es más que tranquilas y juegos de niños. Tales hombres no solo son teólogos, pero ni escolásticos, y con sus puerilidades y sofismas excitan la risa y el desprecio de los doctos. ¿A quién, pues, daremos el honroso nombre de teólogo escolástico? «A aquel, responde, que sobre el fundamento de las letras é instituciones sagradas, raciocina ó discurre oportuna, docta y prudentemente de Dios y de las cosas divinas.» Confiesa despues que muchísimos teólogos se dejaban arrastrar del espíritu de partido, y del prurito de impugnar, ó contradecir cuanto dijeren los católicos de otra sentencia. y varias veces dá á entender que era por lo comun sobrado viva la division entre varias escuelas, confesando que algunas veces llegaban á luchar unas contra otras con el ardor de conspiraciones juradas, ó de aquellos facciosos, que se coligan con juramento. Observa que la moderacion y la docilidad, que el amor de la verdad inspira, y deben presidir en todas las disputas literarias, con mucha especialidad han de dominar en las de teología. Añade que hubo sin duda muchos teólogos escolásticos que evitando aquellos vicios, trataron la teología con la gravedad y modestia correspondientes, y concluye el capítulo primero, declarando que éstos son los escolásticos que se propuso vindicar.

«En el capítulo segundo explica los tres principales cargos ó ejercicios de la teología escolástica. El primero es sacar á luz aquellas instrucciones ó verdades, que están ocultas en las sagradas letras, y en las tradiciones de los apóstoles. Pues el teólogo valiéndose de discursos ó argumentos conformes á la recta razon, saca sus conclusiones de los principios de fé revelados por Dios, y hace más manifiestas ó perceptibles muchas cosas que realmente se incluyen, ó están comprendidas en aquellos principios. Porque en la teología, no menos que en la geometría, física y demás ciencias naturales, sería mucha ignorancia pararse en los principios, sin investigar las conclusiones que de ellos se siguen.

«El segundo cargo de la teología escolástica es la defensa de la fé contra los herejes: ni podrá llamarse teólogo escolástico el que

no sea capaz de instruir á los ignorantes en la doctrina sana y defenderla contra los que **la** impugnan. Por lo mismo no es mucho que los herejes aborrezcan á los teólogos escolásticos, con cuyos desvelos y doctrina se **sostiene** la fé católica, que ellos impugnan. «Pero lo que no acabo de admirar, prosigue Cano, es aquella casta de hombres, que siendo **como** son católicos, aplauden á los que no saben incitar y adquirir **afición** á los jóvenes al estudio de las lenguas sábias, sin llenar de maldiciones y oprobios á los teólogos escolásticos.» Excusa **algunos** defectos que suelen atribuírseles. *Son prolijos*, dice; pero **muchas** veces lo exige la perspicuidad, especialmente atendida **la** obscuridad de las materias teológicas, el deseo de atemperarse á **la** capacidad de los discípulos, aún de los que sean de medianos **talentos** y el estilo de hacerse cargo de los argumentos contrarios y **desvanecerlos**. *Son demasiado atados y supersticiosos*; pero la que **se** llama superstición, es respeto verdaderamente religioso: porque **en** las disputas de teología es detestable toda temeridad y arrojo, **por** mas que los enemigos de los escolásticos se arroguen la **mayor** libertad ó desenfreno en el hablar y en el escribir *El método escolástico es molesto y lleno de espinas*; pero con esta molestia se **precaven** las venenosas punzadas del error, á las cuales suelen ser **insensibles** los que no tienen paciencia para la exactitud del método escolástico, que tanto facilita la defensa de las verdades de la fé y **el** conocimiento é impugnacion de los errores.

«Por último, es del **cargo** de los teólogos escolásticos ilustrar y corroborar en cuanto **se** pueda la doctrina de Cristo y de la Iglesia con la luz de las **ciencias** humanas. Lo que si se hace con la moderacion y gravedad **que** corresponde, no creo, dice Cano, que haya hombre tan **preocupado**, que se atreva á vituperarlo.

«En el capítulo **tercero** y siguiente trata este sabio autor de la autoridad de los teólogos **escolásticos**; y prueba que debe contarse entre los lugares teológicos. Observa que el teólogo no debe desistir de su opinion, por **grande** que sea el número de teólogos que defiendan la contraria, **con** tal que tenga de su parte algunos de peso. Y reprende la **temeridad** de muchos escolásticos, que preocupados á favor de todas **las** opiniones de su partido, imponen con reprehensible facilidad **notas** gravísimas á varones católicos de

otra opinion. Pero cuando todos los teólogos escolásticos, á pasar de las reñidas divisiones que hay entre ellos, convienen unánimes en alguna setencia y la tienen no por meramente opinable, sino como cierta, en semejantes casos, es á juicio de Cano, mucha temeridad defender lo contrario, mayormente en materia de fé ó de costumbre. Entre otras pruebas de este modo de pensar, alega que habiendo estado por mas de trescientos años la enseñanza del pueblo cristiano casi enteramente encargada á los teólogos escolásticos; y habiendo sido estos los que sirvieron á la Iglesia en todos los concilios y en todas las definiciones de fé, es consiguiente á la infalibilidad de la Iglesia la imposibilidad de que todos los doctores escolásticos yerren unánimes en la fé ó en las costumbres.

«Cuando el Señor dijo: *Quien os oye me oye á mí: quien os desprecia me desprecia á mí*, no lo dijo solo á los apóstoles ó primeros teólogos, sino tambien á todos los doctores que en la sucesion de los siglos habian de apacentar á sus ovejas en la ciencia y doctrinas. Cuando oigas, decia Crisóstomo, á alguno que alaba á los autores antiguos, observa como se porta con los de su tiempo. Si respeta á estos, hubiera respetado á aquellos. Pero si desprecia á los doctores con quienes vive, hubiera despreciado tambien á los de entonces, si hubiese vivido entonces.» No se haga caso, prosigue Cano, de los que dicen: «Si los escolásticos fuesen como San Hilario, ó San Basilio, los seguiríamos con gusto. Si hubiesemos vivido en tiempo de San Agustin, de San Ambrosio, ó de San Jerónimo, no los hubiéramos despreciado, como los maniqueos, los novacianos, Joviniano, Pelagio y Vigilancio.» Los que así hablan, si por otra parte desprecian á los teólogos escolásticos de su tiempo, se acreditan en esto mismo hijos ó descendientes de aquellos herejes antiguos que despreciaban á los teólogos antiguos. Al modo que los fariseos, portándose inicuamente contra Cristo y sus discípulos, se acreditaban hijos de los que mataron á los antiguos profetas.

»En el libro IX, trata el eruditísimo Cano del uso que en la teología debe hacerse de la razon natural. Advierte que en esta parte hay dos errores opuestos. El primero es de aquellos que ensalzan tanto á la razon, que quieren preferir sus argumentos ó discursos á la autoridad de la Escritura, y de las tradiciones: impie-